

Política y cultura: encuentros y desencuentros

En las pasadas elecciones chilenas (1993) los dos candidatos, Eduardo Frei y Arturo Alessandri —hijo y nietos de presidentes—, conformaron por doquier comandos, comisiones, subcomisiones, macro y microcomisiones. Desde las políticas culturales hasta las minorías étnicas y el medio ambiente. Se reactualizaron así los vínculos casi siempre efímeros entre el ámbito de la política y el de la cultura. En este contexto, queremos compartir algunas reflexiones más de fondo sobre los encuentros y desencuentros entre estos dos mundos.

Dos lógicas diferentes

En Chile, durante el período de la Unidad Popular (1970-73), el Plan de Reforma Agraria fue, como se sabe, uno de los aspectos centrales en el programa de gobierno. En el imaginario colectivo, en las movilizaciones políticas urbanas, en las transformaciones que se estaban llevando a cabo, e incluso en el aglutinamiento de la oposición (uno de cuyos ejes fue la defensa de la propiedad privada), en todos estos espacios, el tema de la Reforma Agraria fue central.

El problema mapuche jugó —en ese período— un rol catalizador en torno a las reivindicaciones discursivas de la Reforma Agraria. El despojo más que centenario de la tierra que afectaba a los mapuches los convirtió en una punta de lanza con respecto a la transformación del agro a nivel nacional. Desde el punto de vista político se totalizaba a los indígenas como ejemplo de un sector que había sido privado de tierras que legítimamente le correspondían, de terrenos que por herencia y tradición constituían su único medio de vida. Con esta misma perspectiva se percibió la lucha que desde la pacificación venían llevando a cabo esos pueblos.

(En página anterior:
Metrópolis; Escenario de
Fritz Lang para la
película del mismo
nombre, 1926. Foto:
Instituto Cinematográfico
Británico)

Con un punto de vista tan eminentemente político (y en el marco del materialismo histórico) se concibió, entonces, la reivindicación de la tierra de los mapuches como una reivindicación de clase, en circunstancia que se trataba de una reivindicación de carácter étnico y cultural. Se tomó como consciencia de clase lo que era más bien conciencia étnica. De allí que en la aplicación del plan de Reforma Agraria se procediera a través de un mecanismo único de asentamientos, parejo para todo el país, mapuches incluidos.

El sistema de asentamientos fue, como se sabe, entre los mapuches, en gran medida un fracaso. Y ello porque en la práctica se tradujo en un manejo técnico-político de los asentamientos por parte de individuos no indígenas. No se tomó en cuenta que la lucha de los mapuches era una lucha contra los «huincas» y que la reivindicación por el derecho a la tierra formaba parte de una reivindicación cultural más amplia. Se enfocó, por ende, el problema exclusivamente desde una lógica política, desconociendo su dimensión cultural.

Un desencuentro similar, aunque desde otro ángulo, se produjo en casi todos los movimientos de cambio de la década de los sesenta en América Latina. Así ocurrió con respecto a los movimientos étnico-culturales negros en Cuba al comienzo de la Revolución, o con los indios miskitos en Nicaragua. En ambas situaciones lo étnico-cultural fue totalizado desde una perspectiva política, vale decir, desde una lógica instrumental y en función del poder.

Otro tanto ha sucedido en África, desde 1950, con la creación de nuevos países, productos de las luchas de liberación nacional y del proceso de descolonización. Mozambique, por ejemplo, luego que dejó de ser una colonia portuguesa, se vio abocado al dilema de tener que conformar una nación a partir de componentes diversos. Por una parte, con residuos de la cultura colonial portuguesa, por otra con elementos de la cultura científico-técnica occidental necesaria para el desarrollo del país, y, por último, con el enorme y heterogéneo bagaje de las culturas tradicionales de signo étnico y tribal. Desde el punto de vista político el desafío fundamental era, en ese sentido, la unidad del país. Desde esa perspectiva, entonces, se eligió institucionalizar al portugués como lengua nacional. Fue una opción que no favorecía la preservación de las identidades étnico-tribales y que en cierta medida resultaba contradictoria con una lógica de resguardo y fomento del patrimonio multicultural del país. Por supuesto, era también una opción ineludible y necesaria.

Es muy probable, sin embargo, que en cada uno de estos ejemplos, el predominio de la lógica política por sobre la lógica cultural tenga un costo para la sociedad, un costo que ésta, a mediano o largo plazo, tendrá que saldar.

Política y arte

El caso de la ex República Democrática Alemana constituye un ejemplo de fagocitación del arte desde la esfera política y del poder. En las artes plásticas hasta la década de los setenta predominó el arte de partido, de agitación y de propaganda. El régimen favorecía, con parcialidad indisimulada, la tendencia a la pintura figurativa, al mismo tiempo que oprimía y desincentivaba a pintores abstractos y constructivistas, o a todos aquellos que seguían una línea intimista o de cultivo de su propia interioridad.

Mientras a un lado del muro el arte se regía desde 1945 únicamente por los principios y métodos de su propia estética, al otro surgía —en el marco de un consenso socialista administrado desde el poder— un arte de encargo, impregnado de política y retórica. En Alemania Oriental se desarrolló un arte «realista» forzado, mientras en Alemania Occidental se dio un medio artístico de orientación vanguardista, que favorecía el lenguaje de la abstracción o de la modernidad. En la RDA se fue creando entonces una «cultura socialista nacional», de corte tradicional, completamente diferente a la que se desarrolló en la Alemania Federal.

Ciertas disciplinas como la filosofía también fueron fagocitadas por la política. La filosofía se convirtió en una simbiosis de ideología y doctrina de partido. Llegó a ser, literalmente, ideología de afirmación del poder. De hecho, la filosofía de la RDA estaba limitada a una doctrina, al marxismo-leninismo, articulado en materialismo histórico y dialéctico, en economía política y comunismo científico. «La historia de la filosofía acababa en Karl Marx: toda la filosofía anterior, sobre todo el idealismo alemán clásico de Kant a Hegel, se veía sólo como «preámbulo» de éste... y todo lo que venía después, desde Lukács a Habermas, se consideraba como «revisionismo»¹.

La «reina de las ciencias» actuaba de «doncella de la política». No se permitía ninguna publicación que no elogiara la construcción del socialismo y llamara a la lucha contra las fuerzas imperialistas, que no celebrara a la RDA, y sus éxitos, como una verdadera victoria de los ideales humanísticos, y que no declarara finalmente el marxismo como la ideología más avanzada del siglo XX. La filosofía se había privado del propio pensamiento. En síntesis —dicen Breuer y Mersch— la filosofía de la RDA era marxista igual que el Estado y su política: por tanto la filosofía era directamente política e idéntica con el poder. Al igual que éste estaba directamente legitimado filosóficamente. Pensamiento y poder significaban lo mismo».

Sería un error, empero, pensar que esta tendencia a la fagocitación del arte y la cultura por parte de la política es sólo privativa de los socialismos reales. Históricamente tal vez alcanza en algunos de ellos su máxima desnudez e ignominia, sin embargo se trata también de un fenómeno que apa-

¹ Ingeborg Breuer y Dieter Mersch, «Al final de una filosofía. Sobre el ocaso de una disciplina humanística en la antigua República Democrática Alemana», Humboldt, Bonn, 102, 1991.

rece y reaparece con distintas graduaciones en la historia de Occidente. Las tendencias al monopolio del poder siempre han aspirado al monopolio del saber.

Perdurabilidad

Cuando en una situación histórica determinada opera una totalización desde un punto de vista político, ceñida por ende a una lógica instrumental, ello no elimina lo que llamamos «dimensión cultural» y que pasa por una lógica distinta. La perdurabilidad de esta dimensión se mantiene latente, aun cuando como variable de análisis (o realidad) ella haya sido obviada o cooptada durante largo tiempo. Precisamente uno de los rasgos más sobresalientes de lo cultural es su persistencia, su capacidad para mimetizarse, subsistir y luego reaparecer.

El caso de los antiguos países socialistas, sobre todo de la URSS, es, en este sentido, sintomático. Después de más de medio siglo, la Unión de Repúblicas Socialistas —una unidad lograda por razones políticas— se desintegra, transformándose en una serie de naciones. Ahora bien ¿qué está detrás de estas transformaciones? En gran medida, reivindicaciones de tipo étnico-cultural o nacionalistas.

El espesor cultural de una sociedad, aun cuando esté opacado por otras dimensiones, está siempre allí, a la expectativa. El caso de Perú es, en este sentido, pertinente. El imperio incaico como realidad política se terminó hace cinco siglos, sin embargo la cultura indígena acrisolada por ese imperio sigue de alguna manera viva. Precisamente los grandes problemas políticos del Perú actual derivan en no poca medida de la no integración cultural de ese país. Del hecho que, debido a nexos y hegemonía sociopolíticas determinadas, hayan coexistido (sin integrarse) el Perú de la costa y el de la sierra, el Perú blanco y el Perú indígena, plasmándose una ficción política de uniculturalismo en desmedro de una realidad pluricultural. Si convenimos que la cultura es el soporte de los procesos de identidad y autoimagen de una sociedad, se entiende que en ese país se esté dando una patología que podría calificarse casi como de esquizofrenia social, con fenómenos como el milenarismo indígena y Sendero Luminoso.

Contradicción

Si se mira el mapa de conflictos y desafíos que se dan hoy en el mundo (Medio Oriente, Perú, Surinam, Yugoslavia, los antiguos países socialistas,

etc.), se constata que tras cada uno de ellos subyacen problemas de índole cultural, problemas que obligan por lo tanto a tener en cuenta dicha variable. Son conflictos que por otra parte nos dan indicios de la existencia de una contradicción histórica entre la lógica de la política y la lógica de la cultura. En cada uno de estos casos la realidad cultural (sea la lengua, los valores tradicionales, la conciencia étnica o la creatividad) ha sido totalizada o negada desde el ámbito de la política.

El ámbito de la política aparece entonces como el ámbito de la voracidad, de la impaciencia y de lo contingente. Pero también del cambio. Como una dimensión que responde básicamente a una lógica instrumental y de poder; en la que el fin justifica los medios. Por el contrario, el ámbito de la cultura aparece como el dominio de la paciencia, del tiempo largo y de la tradición. Como un ámbito en que opera una lógica expresiva, vinculada a las dinámicas de autoimagen e identidad. La política es un recorte, un mapa de la realidad, no la realidad misma. Opera en este sentido con una lógica totalizante. La cultura tampoco es la realidad real, es una construcción social, una trama de interpretaciones². Pero, mientras la política es una especie de lazo a través del cual la razón quiere cambiar la realidad, la cultura es el cordón umbilical, el ancla en la que se afincan el lenguaje, las costumbres, los valores, la memoria histórica y la creatividad.

Origen e historicidad

La contradicción entre ambas lógicas ¿es acaso histórica o permanente? ¿Data del comienzo de la modernidad, de la época renacentista y del maquiavelismo? ¿O es acaso fruto del iluminismo y de la Revolución Francesa? ¿O se trata de una contradicción que sólo se hace patente en este siglo, en los regímenes que conciben la política como una suerte de ingeniería social? La mirada histórica indica más bien que la lógica instrumental es inherente al ámbito del poder y por lo tanto está presente en la política desde siempre. Lo que sucede es que ha habido gradualidades y diferencias. Precisamente el Renacimiento, las concepciones teleológicas de la Ilustración y las revoluciones socialistas del siglo actual, son hitos en un proceso de creciente secularización de la política. Un proceso a través del cual la esfera de lo político se ha ido separando de otras esferas —de la religiosa, por ejemplo— y convirtiéndose en una especie de técnica. Resulta comprensible, por lo tanto, que la lógica propiamente política se haga patente de modo más descarnado en cada uno de estos hitos.

² J.J. Brunner, *Un espejo trizado*, Santiago, 1988.